



TONIA ETXARRI

## EL ACIERTO Y LA TORPEZA

El éxito del lehendakari al apostar por Rubalcaba contrasta con el 'patinazo' de Urkullu sembrando la alarma sobre la economía en Euskadi

No fueron los discursos. Fueron las llamadas. Esa fue la clave que explicó el resultado del 38º congreso del PSOE y no la facilitada por los partidarios de Carme Chacón, que daban ya por hecha la victoria de su candidata, que intentaron explicar que el discurso de la dirigente catalana había influido negativamente en algunos votantes. Nada que ver con la cocina real. Antes de que la socialista catalana se dirigiera a sus compañeros, en ese tono extemporáneo tan criticado, el futuro del congreso de los socialistas ya estaba escrito. Los extraños se resolvían ante las estridencias de la candidata, mientras los propios, entre bambalinas, se habían dedicado ya a lo mejor que han sabido hacer en todas las batallas por el control del partido. Influir, persuadir, presionar.

Sin recurrir a los malos oficios que se le han atribuido a José Antonio Griñán, que llegó a amenazar con excluir de la candidatura al parlamento andaluz a quienes no apoyasen a Chacón. No les hizo falta porque, contrariamente a lo que pensaban en el PSC, los 'abuelos', como les llaman en algunas agrupaciones catalanas a Felipe González y Alfonso Guerra, tienen más influencia de la que pensaban. Y las llamadas personales de los dos 'paterfamilias' (Felipe y Alfonso; en efecto) en la noche del viernes a la mañana del sábado,

fueron determinantes. Llamadas personales a los delegados andaluces y extremeños. Y de un plumazo de 22 votos, (un margen bastante más holgado que el de las 9 papeletas con que Zapatero ganó el liderazgo del PSOE en el 2000) el zapaterismo ha pasado a ser historia sin que la juventud y la condición femenina hayan sido capaces de impedirlo.

En Euskadi, donde toda la delegación con derecho a voto, menos uno, habían apostado abiertamente por Alfredo Pérez Rubalcaba, pueden celebrar su acierto. El lehendakari Patxi López, tantas veces 'puenteado' por Zapatero estos años, cuando solía dar preferencia al líder del PNV, Iñigo Urkullu, para tratar sobre los asuntos de la política vasca, apoyó

al socialista de siempre, al de antes de ZP, al de Felipe y Guerra; al de toda la vida. Al que recondujo la lucha contra ETA, después de los golpes de ciego que había dado el presidente cuando quiso negociar políticamente con los terroristas, al que no hacía caso a Jesús Eguiguren cada vez que el presidente del PSE le decía que había que negociar con el entorno de ETA.

Ayer, cuando Rubalcaba pronunciaba su discurso, ya en calidad de secretario general del PSOE, Jesús Eguiguren degustaba una coca-cola en la cafetería del hotel. Estaba solo. Prefirió no escuchar a su nuevo secretario general que, a partir de ahora, seguirá mostrando su sintonía total con Patxi López. Lo necesitará en una ejecutiva que ha cosechado el

80,42% de los votos, un porcentaje bajo en comparación con anteriores congresos, que refleja el grado de división en que ha quedado el primer partido de la oposición. En su amplio sector 'chaconista' ayer no cesaban de recordar que el nuevo secretario general ha sido el candidato que les hizo perder, en las elecciones generales, cuatro millones de votos.

En tiempos tan difíciles en los que Rubalcaba no debería acomodarse en el discurso del reproche al gobierno de Rajoy por acometer recortes que vienen forzados por la tardanza del gobierno anterior en el que él era vicepresidente, el PSOE necesita, si no es capaz de renovarse, al menos de la unidad que, hoy por hoy, no tiene. En una situación tan complicada en la que el PSOE ha perdido prácticamente todo su poder autonómico y buena parte del municipal hay poco pastel que repartir. El nuevo secretario general necesitará complicidades inquebrantables. Su agradecimiento al lehendakari por el apoyo recibido durante su larga e intensa campaña se ha materializado en el cargo ofrecido a su medida. Secretario de área de Relaciones Políticas. Un nombramiento para estar en la ejecutiva pero sin labores muy concretas que pudieran dificultar su trabajo de máximo responsable del Gobierno vasco, hasta agotar la legislatura vasca.

De no ser así, cualquier cargo

que le distrajera lo más mínimo de Euskadi bien podría ser utilizado por su 'gran hermano' del PNV, Iñigo Urkullu que, en su obsesión de vigilancia de los movimientos del ejecutivo de Ajuria Enea, ha llegado a imaginar cosas que no han ocurrido. Desde que resultó elegido presidente del PNV y se autoadjudicase el área de comunicación, habrá que reconocer que Urkullu no ha tenido un buen estreno en su nuevo cargo. Aprovechó el momento congresual del PSOE que estaba acaparando toda la atención mediática en Sevilla para salir al escenario alertando que este barco (Euskadi) se hundiera.

Es cierto que el Gobierno vasco no ha conseguido su objetivo de cerrar el presupuesto del 2011 con déficit del 1,3% del PIB. Pero de ahí a proclamar que Euskadi está en quiebra, en el escarapate de una conferencia de prensa, media un abismo. Al que se lanzó sin red el líder del PNV proyectando una imagen totalmente desconocida de su persona. El dirigente frío, calculador, que sobreactúa en los actos públicos pero que no dice una sola palabra que no haya medido y previsto, terminó su semana desdoblándose en un dirigente incendiario que, si no hubiese sido por la rápida reacción de la presidencia del Gobierno vasco y de su socio preferente, Antonio Basagoiti, habría logrado que cundiera la alarma.